



EL ESTATUTO DE LAS “RAZAS HUMANAS” EN CONTEXTOS MONOGENISTAS, POLIGENISTAS Y EVOLUCIONISTAS (SIGLOS XVIII Y XIX)

Gustavo Caponi

Doutor em Lógica e Filosofia da Ciência pela Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP)
Professor Titular do Departamento de Filosofia, Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC)
gustavoandrescaponi@gmail.com

Resumen

El tema de este trabajo es el lugar que el “Criterio de Buffon” desempeñó en las discusiones sobre la unidad de la especie humana. En los siglos XVIII y XIX, la capacidad de producir descendencia fértil fue muy comúnmente usada como criterio para establecer la pertenencia de dos individuos a una misma especie. Dicho criterio, consagrado por Buffon, fue, consecuentemente, muy citado en favor del monogenistas. Por lo mismo, los poligenistas siempre intentaron mostrar su insuficiencia; y para ello ofrecían ejemplos de animales y vegetales, de especies reconocidamente diferentes, que podían cruzarse produciendo descendencia fértil. Si animales de especies distintas podían cruzarse generando híbridos fértiles; entonces, el hecho de que las diferentes razas humanas fuesen entrecruzables no servía como argumento para considerarlas como parte de una misma especie. Pero, la discusión sobre la pertinencia del criterio buffoniano, fue más allá del embate entre monogenismo y poligenismo. Aunque el advenimiento del darwinismo tornó obsoleta la distinción entre esos partidos, la capacidad de producir descendencia fértil continuó siendo discutida como criterio para justificar la adscripción a una misma especie de dos individuos o linajes; y eso, como veremos, también incidió en las primeras discusiones evolucionistas sobre la unidad de la especie humana.

Palabras clave: Cruzamiento Fértil. Monogenismo. Poligenismo. Raza. Especie.

Abstract

The topic of this paper is the place that the “Buffon Criterion” played in the discussions on the unity of the human species. In the 18th and 19th centuries, the ability to produce fertile offspring was very commonly used as a criterion to establish the membership of two individuals to the same species. This criterion, enshrined by Buffon, was consequently widely cited in favor of monogenism. For this reason, polygenists always tried to show their insufficiency offering examples of animals and vegetables, of recognized different species, that could be crossed to produce fertile offspring. If animals of different species could cross each other generating fertile hybrids; then, the fact that different human races were able for intercrossing did not serve as an argument to consider them as part of the same species. But the discussion about the relevance of the Buffonian criterion went beyond the clash between monogenism and polygenism. Although the advent of Darwinism made the distinction between those parties obsolete, the capacity to produce fertile offspring continued to be discussed as a criterion to justify the adscription to the same species of two individuals or lineages; and that, as we will see, also influenced the first evolutionary discussions about the unity of the human species.

Keywords: Fertile Intercrossing. Monogenism. Polygenism. Race. Species.

Presentación

Hoy, en el Siglo XXI, no hay margen para poner en duda que las supuestas distinciones raciales que por ahí circulan, aluden, exclusivamente, a individuos, o grupos, que integran la especie que denominamos *Homo sapiens*. Esto, sin embargo, no siempre fue así. Con sólo remontarnos hasta el Siglo XVIII, ya podemos encontrarnos con pensadores muy reconocidos que negaban lo que otros definían como “unicidad del género humano”. Un ejemplo de eso lo podemos encontrar en David Hume (1753, 291*n*); que afirmaba que existían cuatro o cinco especies diferentes de hombres, de las cuales la blanca era la superior tanto desde el punto de vista moral como intelectual (SIVASUNDARAM, 2010, p. 118; SUSSMAN, 2014, p. 26). Y otro ejemplo, no menos ilustre, lo encontramos en Voltaire. Él también hablaba de distintas especies de hombre (VOLTAIRE, 1952[1734], p. 137); sosteniendo que los “blancos barbados” de Europa, “los negros lanudos” de África, “los amarillos crinados” de China, y los “hombres imberbes” de América, “no venían del mismo hombre” (VOLTAIRE, 1952[1734], p. 138). Voltaire, se diría en el Siglo XIX, era un poligenista *avant la lettre*: sostenía orígenes independientes para las diferentes razas, por eso las trataba como especies diferentes (TOMBAL, 1993, p. 861); y creo que se puede suponer que ese punto de vista era compartido por Hume.

La expresión “poligenista” se usa, fundamentalmente, para caracterizar las posiciones según la cual las razas humanas no derivan de un mismo tronco

común; y, por lo general, ella está asociada a la idea de que dichas razas constituyen especies separadas, en el mismo sentido en el que podría decirse que tigre y león constituyen especies separadas. Lo contrario a eso sería sostener la posición monogenista: la idea según la cual dichas razas humanas son variedades de una misma especie que se han formado a partir de un tronco ancestral común; análogamente a lo que ocurre con las diferentes razas de perro, o de cualquier otra especie doméstica. Dado que esa oposición se ha planteado en un contexto pre-darwinista, se tiende a presentarla en términos creacionistas: los monogenistas serían aquellos que sostienen que todas las razas humanas descienden de un mismo stock poblacional inicial creado por la divinidad; y los poligenistas serían los que hablaban de creaciones múltiples (Cf. MENARD, 2002, p. 111).

Pero, aunque en muchos casos sea eso lo que monogenistas y poligenistas están suponiendo, comúnmente su forma de plantear y de discutir el problema se limitaba a la polaridad entre la afirmación del origen único de una especie también tenida como única y la afirmación del origen separado de razas a las que se las consideraba como especies diferentes. Las teorizaciones sobre la naturaleza de ese origen único, o de esos orígenes múltiples, por lo general quedaban afuera de los temas que los naturalistas de ambos grupos se permitían polemizar. Lo que se discutía tenía que ver, sobre todo, con las razones que podían darse para afirmar o negar la unidad de la especie, y para afirmar o negar la posible derivación de las diferentes razas a partir de una cepa o tronco inicial. Las explicaciones respecto de los mecanismos que podrían

haber producido esa cepa inicial, o que pudiesen haber producido las múltiples cepas de las que hablaban los poligenistas, no eran objeto de controversia; porque parecían situarse por fuera de los límites de lo investigable. La Historia de la Naturaleza sólo terminó por hacer pie en la Historia Natural con Lyell y Darwin.

Y en lo que atañe a la afirmación, o negación, de la unidad de la especie humana, uno de los temas centrales era la cuestión del mestizaje que se daba entre las razas. Éstas se podían cruzar, dando descendencia fértil. Por eso, en este trabajo voy a centrarme, básicamente, en lo que, no sin alguna imprecisión, podría llamarse “criterio buffoniano para la distinción entre especies”; o más simplemente: “Criterio de Buffon”. Dicho criterio, basado en la capacidad de producir descendencia fértil, fue muy utilizado por los monogenistas, aunque no por todos ellos; y los poligenistas siempre intentaron mostrar su insuficiencia porque eso les daba margen para defender sus posiciones. Pero, ese criterio buffoniano no sólo fue una referencia en el contexto pre-darwiniano. Veremos que el mismo no dejó de ser motivo de controversia cuando el advenimiento de la teoría darwiniana de la filiación común tornó obsoleta la propia distinción entre monogenismo y poligenismo (Cf. HUXLEY, 1865, p. 274-5; DARWIN, 2004[1871], p. 205-6); por lo menos en lo que podríamos caracterizar como la formulación clásica de dicha polaridad. En el contexto darwiniano también se discutió si las distinciones entre razas, que seguían asumiéndose como válidas, aludían a separaciones entre especies o a meras variedades de una misma especie; y así, en el marco de la primera Biología

Evolucionaria, el criterio buffoniano continuó siendo una referencia a la cual remitirse o a la cual objetar.

Pero, antes de comenzar el recorrido por esos asuntos, quiero aprovechar estas últimas líneas de la presentación decir algo respecto de los usos que eventualmente haré de los términos "racismo" y "racista". Como se trata de términos que han sido utilizados de maneras muy diferentes, creo que no está demás aclarar que por "racismo" entenderé cualquier posición que, ante el señalamiento de particularidades fisonómicas que puedan considerarse como características de ciertos grupos humanos, quiera asociar dichas particularidades con diferencias innatas relativas a las capacidades cognitivas y disposiciones emotivas, y/o morales, de los individuos pertenecientes a dichos grupos. Y esto con independencia de cuáles sean los argumentos ofrecidos para establecer tal vinculación y de cuáles sean las consecuencias morales y políticas que de ahí pretendan derivarse. Es decir: consideraré racista a todo aquel que suponga o proponga esa vinculación entre fisonomía¹, emotividad, moralidad y cognición; y también podría hacer extensivo el rótulo a toda posición teórica y línea de acción basada en tal presunción. Pero sólo se trata de una definición, no de un reproche; y esa definición da lugar a un rótulo que pueda aplicarse con independencia de la manera en que se haya auto-percibido el sujeto rotulado.

1 Uso la expresión "fisonomía" en su sentido amplio: como aludiendo a todos los rasgos exteriores de una persona; y no sólo a sus rasgos faciales.

1 El monogenismo del Siglo XVIII

En el Siglo XVIII, el concepto de “especie biológica” no estaba tan delimitado, o establecido, como pudo venir a estarlo más tarde. Por ese motivo, las referencias que Hume y Voltaire hacen a diferentes especies de hombre pueden no ser tan significativas. Sin embargo, por lo menos en el caso de Voltaire, la toma de partido por el poligenismo queda bien clara; como también queda claro que, para él, el “hombre blanco” es una especie distinta del “hombre negro” en el mismo sentido en que el león lo es del elefante. Lo cierto, de todos modos, es que ese poligenismo propuesto por Voltaire, y quizá por Hume, no era una posición dominante; y entre los motivos para que eso fuese así no debe excluirse la condena eclesiástica: en 1537 el poligenismo fue declarado herético por el Papa Paulo III (KEMP, 2011, p. 218; GALFIONE, 2014, p. 13). Tal es así que, en 1655, cuando Isaac de la Peyrère formuló una explicación creacionista de la diversidad de razas, en la que se postulaban diversos linajes de hombres pre-adámicos creados independientemente por la propia divinidad, su posición fue condenada por la Iglesia; teniendo que abjurar de su tesis en 1657 (Cf. QUATREFAGES, 1878, p. 21; TOMBAL, 1993, p. 85; PAPAVERO *et al.*, 2001, p. 135; SIVASUNDARAM, 2010, p. 116; SUSSMAN, 2014, p. 26).

Aunque después hubo otros defensores de posiciones semejantes, como el naturalista holandés Abraham der Mijl, que sostuvo el poligenismo en su obra *De origine animallium et migratione populorum* de 1667 (PAPAVERO *et al.*,

2001, p. 136-7); por lo general, el monogenismo tendió a prevalecer (Cf. GOULD, 1988, p. 23; SIVASUNDARAM, 2010, p. 119). Pero esto fue así, quizá no tanto por la autoridad papal; sino por el hecho de que el desarrollo de la Historia Natural produjo evidencias que reforzaban la suposición de que todas variedades humanas pertenecían a una misma especie biológica; y esa posición se vio favorecida por el surgimiento de movimientos en pro de la abolición de la esclavitud (SIVASUNDARAM, 2010, p. 120). Lo que no quiere decir, entretanto, que ese monogenismo no haya estado, casi siempre, permeado de lo que caractericé como “racismo”. La suposición de que la raza a la que putativamente pertenecían los europeos era superior, moral e intelectualmente a todas las demás, aparece, de un modo más o menos más claro, en casi todos los defensores del monogenismo y de la unidad de la especie humana; no menos de lo que ocurre en el caso de los poligenistas.

La forma más cruda y directa en la que un naturalista puede expresar su monogenismo, la encontramos en la *Oratio de telluris habitabilis incremento*, cuando Linné nos dice “que Dios creó un único par de ser humano, un macho y una hembra” (1741, §8). Y esa posición se complementa con la unidad de nuestra especie que queda consignada en el *Systema Naturae* (Cf. SUSSMAN, 2014, p. 15). Allí, Linné (1788, p. 21) catalogaba una única especie humana, el *Homo sapiens*, que incluía a los cuatro grupos aludidos por Voltaire; aunque también contemplaba otros dos que las taxonomías posteriores dejarían de lado. Linné enumera las variedades *Americanus* (LINNÉ, 1788, p. 22), *Europaeus* (LINNÉ, 1788, p. 22), *Asiaticus* (LINNÉ, 1788, p. 23) y *Afer* (LINNÉ, 1788, p. 23).

Su sistema, sin embargo, que era de carácter reconocidamente artificial (LLORENTE-BOUSQUETS, 1998, p. 68) y que fuera concebido fundamentalmente como una “reglamentación” (DAUDIN, 1926, p. 35) para inventariar la naturaleza (DROUIN, 1993, p. 34), no podía dejar de considerar ejemplares de seres humanos, cuya existencia había sido registrada, pero que no respondían a las descripciones morfológicas de esos cuatro grupos más notorios. Por eso él agrega dos variedades que son *monstrosus*, que alude a ejemplares teratológicos (LINNÉ, 1788, p. 24); y *ferus*, que, conforme observa Thierry Hoquet (2007, p. 84), alude a los niños salvajes (LINNÉ, 1788, p. 21)².

Buffon, por su parte, también sustentaba el monogenismo (ROGER, 1989, p. 244; SUSSMAN, 2014, p. 17); aunque sus tesis no fuesen de cuño creacionista (Cf. CAPONI, 2010, p. 99). Para él, todas las variedades de hombre derivaban de un tronco común (Cf. FLOURENS, 1850, p. 181; ROGER, 1989, p. 243; CAPONI, 2010, p. 81). Pero si se dijese que, según Buffon, todas esas variedades pertenecían a una misma especie, se diría algo un poco más preciso que lo él verdaderamente afirmó; sobre todo porque su uso de los términos “especie” y “género” siempre fue algo incierto y oscilante (Cf. ROGER, 1989, p. 426; DORON, 2016, p. 453). En concreto, Buffon (1749, p. 529-30) sólo dice que “el género humano no está compuesto de especies esencialmente diferentes entre ellas”; agregando después que “originalmente ha habido una sola especie de hombres, que, al multiplicarse y diseminarse por toda la superficie de la tierra”, sufrió cambios causados por factores como el clima y la alimentación (BUFFON,

2 Esto lo confirma Blumenbach (1865[1811]) en su trabajo “Sobre el *Homo sapiens ferus* Linné y particularmente sobre Peter, el salvaje de Hameln”.

1749, p. 530). Siendo esos cambios los que generaron esas “variedades de la especie” (BUFFON, 1749, p. 530) a las que él también alude con el término “raza” (Cf. BUFFON, 1749, p. 372).

Lo cierto, por otra parte, es que, independientemente de esas oscilaciones suyas sobre la noción de *especie*, que se tornarían más claras en los años posteriores (Cf. CAPONI, 2010, p. 84-6; DORON, 2016, p. 464-5), Buffon, previamente, ya había llegado a esbozar un criterio para distinguir especies biológicas que fue muy influyente y que siempre funcionó como una de las cartas más altas del monogenismo. En el segundo tomo de su *Histoire Naturelle*, que precedía a aquel cuyo último capítulo fue “Variétés dans l’espèce humaine”, Buffon (1749b, p. 10-1) afirmó que, para reconocer una especie y distinguirla de las otras, se debe considerar como siendo de la misma especie a aquellos individuos que, “por la copulación”, se perpetúan y conservan la similitud de esa especie; debiéndose considerar como de especies diferentes a aquellos que, “por los mismos medios, no pueden producir nada juntos” (al respecto véase también: FLOURENS, 1850, p. 97). Y, pese a que él mismo terminó poniendo en duda la total infertilidad de híbridos como las mulas (BUFFON: 1766, p. 342-3; 1770, p. xxi-xxii), la idea de que la posibilidad de producir descendencia fértil fuese un criterio suficiente para establecer la pertenencia a una misma especie de dos individuos, se tornó muy aceptada (Cf. MAYR, 1998, p. 261); reforzando las tesis monogenistas y la idea de que todos las razas humanas componían una misma especie (Cf. FLOURENS, 1861, p. 74-5).

Se ha dicho, y no sin razón, que este criterio buffoniano para distinguir especies ya había sido formulado, a fines del Siglo XVII, por el botánico inglés John Ray³. Pero, aunque la obra de Ray fue muy leída, creo que su influencia no se aproxima, ni de lejos, a la que tuvo la obra de Buffon. Por eso me permito hablar de “criterio buffoniano”. De todos modos, creo que, en el contexto de este trabajo, eso es mucho menos importante que evitar el error de identificar ese criterio con el concepto biológico de *especie* propugnado por Dobzhansky (1935, p. 353) y Mayr (1942, p. 120) en el siglo XX. Este último, conforme insistiré hacia el final del trabajo, no alude a individuos, sino que se refiere a poblaciones (GHISELIN, 1997, p. 95): la inter-fecundidad de los individuos no es lo mismo que el no aislamiento reproductivo entre poblaciones; y eso, conforme lo veremos, será muy importante para entender la resolución que la Biología Evolucionaria del Siglo XX le dio al problema de la unidad de la especie humana.

Por lo pronto, y volviendo al Siglo XVIII, creo que también importan señalar que los reparos de Buffon para con su propio criterio para diferenciar especies, fueron compartidos por otro monogenista tan conspicuo como lo fue el alemán Johann Blumenbach (SUSSMAN, 2014, p. 18). A él le parecía que no había evidencia suficiente para descartar que, en algunos casos particulares y en contextos especiales, individuos adscriptos a especies diferentes, pero próximas, pudiesen copular llegando a producir alguna descendencia (BLUMENBACH, 1865[1795], p. 189). Por eso, para defender la unidad de la especie humana,

3 Al respecto de Ray, ver: Mayr (1982, p. 256); Delavault (1998, p. 84); Ledesma Mateos (2000, p. 381); Papavero *et al.* (2001, p. 131); y Wilkins (2009, p. 66).

recurría a una suerte de principio de parsimonia de inspiración newtoniana. Según Blumenbach, las diferencias entre las variedades humanas podían ser explicadas *a la Buffon* (DORON, 2016, p. 489): en base a los efectos transgeneracionalmente acumulados del clima, de la alimentación, de las condiciones de vida, y también en virtud del propio mestizaje entre variedades previamente surgidas en virtud de esos tres primeros factores (BLUMENBACH: 1865[1795], p. 207; 1865[1806], p. 293); y era más razonable optar por esa alternativa, antes que postular actos de creación independientes.

Es decir: si la explicación *a la Buffon*, que apelaba se simples causas segunda, valía para las razas domésticas; entonces, ella también debía valer para las variedades humanas (BLUMENBACH, 1865[1795], p. 190). Y en la medida en que las causas involucradas en esa explicación eran suficientes para explicar esas variedades, era innecesario postular otras causas (BLUMENBACH, 1865[1795], p. 191). Blumenbach, como lo podemos ver, está aludiendo a las dos primeras de “las reglas del razonamiento filosófico” que Newton formula en sus *Principia*: “No debemos admitir más causas de las cosas naturales que aquellas que son verdaderas y suficientes para explicar los fenómenos” [Regla I]; y, por eso, “en la medida de lo posible, a los mismos efectos naturales debemos asignarles las mismas causas” [Regla II] (NEWTON, 1846[1726], p. 384).

De todos modos, aunque Blumenbach haya renunciado a una línea de argumentación que siempre tuvo mucho peso, su defensa de la unidad de la especie humana, basada sobre todo en consideraciones morfológicas (Cf.

DORON, 2016, p. 491), acabó siendo muy influyente; transformándose en una referencia, reconocida y perdurable, en la que los monogenistas posteriores siempre se apoyaron y a la que los poligenistas siempre aludieron como contrapunto de sus propias tesis. Así, en virtud de esas consideraciones morfológicas, Blumenbach propuso, inicialmente, cuatro grandes variedades de la especie *Homo sapiens*, que se correspondían, aproximadamente, con las variedades *Americanus*, *Europaeus*, *Asiaticus* y *Afer* del *Systema Naturae* linneano (Cf. BLUMENBACH, 1865[1775], p. 99)⁴. Posteriormente, sin embargo, él llegó a la conclusión que era más adecuado hablar de cinco variedades de hombre: la “caucasiana”; la “mongólica”; la “etíope”; la “americana” y la “malaya” (Cf. BLUMENBACH: 1865[1795], p. 264; 1865[1806], p. 303).

Es interesante, por otra parte, que, en su escrito sobre “Definición de la raza humana”, Kant (1964[1785]) tampoco aluda al tema de fecundidad de los híbridos como criterio para delimitar una especie. Ese escrito supone el monogenismo (p. 79); y alude a las cuatro variedades del primer Blumenbach: “la de los blancos, la de los indios amarillos, la de los negros y la de los americanos con piel rojo-cobrizo” (p. 70). Pero, como su tema es la justificación y la explicación entre razas, y no la propia unicidad de la especie humana, esa cuestión puede ser dejada de lado. Es interesante, además, que, aunque Kant (p. 84) haya considerado que en el surgimiento de esas variedades o razas hayan estado involucrados factores ambientales, como la composición del aire, su

4 Aludo a la tesis para obtener el grado de Doctor en Medicina que Blumenbach defendió en Göttingen, el 16 de septiembre de 1775. Esa obra tuvo ediciones posteriores. Yo aquí estoy citando las traducciones inglesas de la primera y tercera edición.

modo de pensar sobre ese tema se apartaba de lo dicho a ese respecto por Buffon y Blumenbach (DORON, 2016, p. 498). Según Kant (1964[1785], p. 83), si los cambios resultantes de ese influjo ambiental eran funcionales, o ajustados a fin; los mismos debían ser considerados como la activación de disposiciones organizacionales latentes, y comunes a toda la especie, que respondían a un principio teleológico (Cf. GALFIONE, 2014, p. 20; DORON, 2016, p. 504).

2 El monogenismo del Siglo XIX

Pero, si nos remitimos al Siglo XIX, veremos que, entre los monogenistas, el Criterio de Buffon, se consolida como base para delimitar especies en general y al hombre en particular; tal es así que lo encontramos invocado *Le Règne Animal* cuando Cuvier (1817, p. 94) cita la posibilidad de producir descendencia fértil como constituyendo la evidencia decisiva para establecer la unicidad de la especie humana (Cf. FLOURENS, 1841, p. 263). En el “Discours préliminaire” a las *Recherches sur les ossements fossiles de quadrupèdes*, de 1812, Cuvier había definido la noción de *especie* apelando, simultáneamente, a consideraciones genealógicas y morfológicas. Una especie, leemos ahí, “comprende individuos que descienden unos de otros, o de progenitores comunes, y esos que les asemejan tanto como ellos se asemejan entre sí” (CUVIER, 1992[1812], p. 112-3); siendo que dentro de la especie es posible distinguir razas o variedades producidas por los efectos de las “circunstancias” (CUVIER, 1992[1812], p. 113).

Palabra, ésta, que ya había sido usada por Lamarck (1994[1809], p. 206) en la *Philosophie Zoologique*; y que remitía al clima, a la alimentación, y a las condiciones de vida en general: los mismos factores que según Buffon habían producido las variedades de la especie humana (Cf. CUVIER, 1992[1812], p. 113-4). Y es esa misma forma de pensar la especie y la variedad que, en *Le Règne Animal*, Cuvier traslada al caso del *Homo sapiens* y sus variedades.

Es de notar, entretanto, que, en lugar de distinguir cuatro o cinco razas, como Linné o Blumenbach, él distingue sólo tres: “la blanca, o caucásica; la amarilla, o mongólica; y la negra, o etíope”. El hombre americano, sugiere Cuvier (1817, p. 99) sin mucha seguridad, parece pasible de ser adscripto a la raza mongólica. Y ahí volvemos a encontrarnos con la permanente oscilación en torno a las distinciones raciales; aun admitiendo que existen razas diferentes, se hace difícil establecer cuáles son ellas. Los recursos descriptivos de la Anatomía Comparada, aptos para establecer la distinción entre el elefante africano y el elefante asiático, parecen no encontrar caracteres distintivos a los cuales remitirse para establecer clasificaciones raciales que no pequen de arbitrariedad. De ese modo, así como en Cuvier podemos encontrar una tendencia a limitar el número de razas humanas, en otro naturalista, muy próximo a él como era Alcides D’Orbigny, verificamos una tendencia que va en sentido contrario. En su obra *El hombre americano*, que fuera publicada en 1839, este naturalista y etnógrafo divide a los pueblos originarios de Sudamérica en tres razas diferentes: la raza ando-peruana; la raza pampeana; y la raza brasilio-guaraní (D’ORBIGNY, 1959[1839], p. 28).

El inglés John Flemming, mientras tanto, era mucho más parsimonioso que D’Orbigny, pero un poco menos que Cuvier. Así, mientras éste tendía a eliminar una de las variedades de Linné, él, más o menos para la misma época, insistía en las cinco variedades de Blumenbach (FLEMMING, 1822, p. 150); señalando, además, que el carácter permanente de dichas variedades había dado lugar a la creencia de que se trataba de distintas especies del género *Homo* (FLEMMING, 1822, p. 150-1). Pero aclaraba que esa opinión había sido, en general, abandonada (p. 151); y la definición de especie que Flemming adoptaba justificaba ese abandono. Según él: el término “especie” era “universalmente empleado para caracterizar un grupo, consistente de individuos que poseen el mayor número de propiedades comunes, y que producen progenie fértil sin restricciones” (p. 148).

Por su parte, asumiendo un monogenismo de inspiración claramente religiosa (PRICHARD, 1855[1847], p. 5), y siendo también un decidido abolicionista (SIVASUNDARAM, 2010, p. 120), James Cowles Prichard (1855[1847], p. 5-9) se remitía a Buffon, y a la autoridad de Cuvier, para establecer a la capacidad de producir progenie fértil en cruzamiento, como siendo el criterio básico e indiscutible para establecer la pertenencia a una misma especie de dos grupos o individuos; subrayando, además, que eso se aplicaba con claridad, y sin restricciones, al caso de las diferentes variedades de *Homo sapiens* (PRICHARD, 1855[1847], p. 24). Las cuales, sostenía Prichard (p. 69), se habían producido por los efectos acumulados, a lo largo de generaciones, del clima, la alimentación y las condiciones de vida. En lo que atañe a eso,

Prichard razonaba como Buffon y Blumenbach (DORON, 2016, p. 506). Y se asemejaba más a Buffon que a Blumenbach, o a Cuvier, por el hecho de no pretender abarcar la variedad de las razas humanas en una sinopsis escueta de ítems bien definidos y delimitados.

Pero, si se trata de ilustrar la gravitación del Criterio de Buffon, creo que no se puede dejar de mencionar a Arthur de Gobineau; que, además, también aceptaba la idea de que sólo había tres razas fundamentales o primordiales (HOCHMANN, 2018, p. 113): la blanca, la negra, y la amarilla (GOBINEAU, 1853, p. 245-6), considerando que la los pueblos malayos y americanos eran parte de la raza mongólica (GOBINEAU, 1853, p. 188 y p. 246 *n.1*). De convicciones decididamente racistas, en su muy mencionado *Essai sur l'inégalité des races humaines*, Gobineau (1853, p. 234) señaló “la objeción derivada de la ley que rige la generación de los híbridos” como siendo una de las dos únicas razones valederas para recusar el poligenismo y aceptar, muy a su pesar, el monogenismo (Cf. PICHOT, 2000, p. 310). La otra era “la interpretación más frecuente del texto bíblico” (GOBINEAU, 1853, p. 234). Gobineau era, en efecto, católico; cosa que lo comprometía con el monogenismo papal (Cf. MAGNOLI, 2009, p. 24; SUSSMAN, 2014, p. 15) y con la idea de que todos los seres humanos tienen un alma (PICHOT, 2000, p. 310). Dicha alma, sin embargo, no definía las capacidades intelectuales de las diferentes razas.

Éstas, según él decía, eran “intelectualmente desiguales” (GOBINEAU, 1853, p. 259); y eso se expresaba en la atrofia de ciertas facultades y en el mayor desarrollo de otras. Como ocurriría con los negros, cuyas “facultades

pensantes”, según Gobineau (1853, p. 351), serían “mediocres o incluso nulas”; pero cuyas capacidades de desiderativas y volitivas eran, en compensación, muy intensas, contando también con sentidos que se habían “desarrollado con un vigor desconocido entre las otras razas”⁵. Así, aunque monogenistas, las tesis de Gobineau podían haber llegado a servir para los mismos objetivos políticos a los que también podían llegar a servir las tesis poligenistas que estaban reverdeciendo para esa misma época del otro lado del Atlántico (Cf. SIVASUNDARAM, 2010, p. 121). Pero, antes de examinar ese poligenismo norteamericano, quiero referirme a lo que quizá cabría describir como dos avatares tardíos del monogenismo: uno es el de Pierre Flourens y el otro el de Armand de Quatrefages.

Pero, en el caso de Pierre Flourens, el calificativo de “tardío” puede ser exagerado. Es verdad que lo encontramos defendiendo el monogenismo en 1861; es decir: cuando la irrupción del darwinismo, que él recusa de plano (Cf. FLOURENS, 1864), ya amenaza la configuración de saber en la que la polémica con el poligenismo tenía sentido. Pero, esa amenaza apenas había despuntado en el horizonte de la Historia Natural; y, en su mayor parte, ese universo disciplinar todavía continuaba desarrollándose conforme el canon, en gran medida cuvieriano, que la regía desde las primeras décadas del siglo. En esa coyuntura, por lo tanto, no tiene nada de sorprendente que un personaje como Flourens defendiese el monogenismo sin aludir a las cuestiones que, a ese

5 En toda Europa, durante la Segunda Guerra Mundial, y un poco antes, el pensamiento de Gobineau será muy citado por los promotores de leyes antisemitas (HOCHMANN, 2018, p. 118).

respecto, podía plantear el darwinismo. Un poco distinto es el caso de Armand de Quatrefages. Su monogenismo, defendido aún en 1878, hasta podría merecer el rótulo de “extemporáneo”.

Seguidor de Cuvier (Cf. FLOURENS, 1841), aunque mostrando siempre una gran afinidad con muchas tesis de Buffon (Cf. FLOURENS, 1850), Flourens (1861, p. 71) asume que las variedades fundamentales de la especie humana son tres: la caucásica, la etíope y la mongólica; inclinándose también a pensar que las razas americana y malaya son partes de la mongólica (FLOURENS, 1861, p. 71). Y para él, sin desestimar las evidencias morfológicas que pueden darse en defensa de la unidad de la especie humana (FLOURENS, 1861, p. 71-3), el argumento más decisivo en favor de esa tesis venía dado por “la fecundidad continua” de todas las razas humanas (FLOURENS, 1861, p. 74). Según él decía: “la fecundidad continua da la especie; la fecundidad restringida da el género” (FLOURENS, 1861, p. 14). La primera es la que se registra entre todas las razas de una misma especie doméstica; o entre todas las razas de hombre. La segunda es la que se registraría entre especies como el perro y el lobo, o el tigre y el león (Cf. FLOURENS, 1841, p. 264-5; 1850, p. 96-7; 1864, p. 108-9).

La defensa que Quatrefages hace del monogenismo, bien como sus impugnaciones del poligenismo y del darwinismo, se encuentran ampliamente expuestas en *L'espèce humaine*, de 1878. Allí, después de insistir en lo que vengo llamando “criterio buffoniano” (QUATREFAGES, 1878, p. 22-8), él subraya el mestizaje irrestricto de las razas humanas, concluyendo que no hay ninguna razón para dudar que todas ellas sean parte de la misma especie (p. 63-4); y su

explicación de la formación de esas razas sigue la misma línea de razonamiento de Buffon, que además continuó siendo la de todos los monogenistas (p. 185). Al decir de Quatrefages las razas se formaban por "simple influencia del medio y la herencia" (QUATREFAGES, 1878, p. 183); aunque la acumulación hereditaria de los efectos mesológicos siempre estuviese limitada por la constancia del típico específico (p. 193). Quatrefages (1878, p. 93) era "fijista"; aunque un poco menos recalcitrante que Flourens (Cf. GRIMOULT, 1998, p. 134). A diferencia de este último, no negaba de plano el hecho de la evolución; pero, a la manera de todo cuvieriano estricto, negaba que el origen de los seres organizados pudiese ser asunto de las Ciencias Naturales (QUATREFAGES, 1892, p. 291-2). Por otra parte, y en esto sí se distanciaba claramente de Flourens, Quatrefages era definitivamente racista; no menos que Gobineau. Para Flourens (1861, p. 75) el alma humana garantizaba la igualdad moral e intelectual de todas las razas; para Quatrefages (1878, p. 333) la desigualdad moral e intelectual entre las razas era un hecho incontestable (Cf. SÁNCHEZ ARTEAGA, 2008, p. 112).

3 La reacción poligenista: un sueño americano

Aunque todo indica que no es necesario negar el monogenismo para abrazar el racismo, aun así es difícil resistirse a la tentación de asociar el poligenismo norteamericano con la legitimación de la esclavitud (GOULD,

1988, p. 57); que sólo fue legalmente abolida, en todo el territorio estadounidense, después del fin de la guerra civil iniciada en 1861 y finalizada en 1865. Lo cierto, sin embargo, es que los autores poligenistas evitaron, por lo general, cualquier toma de partido explícita en favor de esa institución (Cf. GOULD, 1988, p. 57; SIVASUNDARAM, 2010, p. 121-2). Lo de ellos, como se dice en estos casos, era la ciencia y no la política (GOULD, 1988, p. 57). Además, y como bien lo explica Stephen Jay Gould, el poligenismo no tuvo un papel protagónico en la defensa de la esclavitud (Cf. GOULD, 1988, p. 58). La mayor parte de los poligenistas eran *hombres de fe* que incluso intentaban mostrar la compatibilidad entre sus tesis y la Biblia; como ya lo había hecho Peyrère en el siglo XVII (Cf. SUSSMAN, 2014, p. 30). Pero, el esclavismo abrevaba en una ideología tradicionalista en la que la religión era muy importante; y los pastores protestantes nunca gustaron de lecturas de la Biblia que se apartasen demasiado de la literalidad. Con lo cual el monogenismo tenía las de ganar; sobre todo porque en su marco también podían encontrarse argumentos para defender la esclavitud (Cf. GOULD, 1988, p. 58). Piénsese, si no, en Gobineau y en Quatrefages.

Lo que quizá sí quepa decir, es que la problemática racial americana constituía un clima favorable a la formulación de tesis poligenistas. La propia abolición de la esclavitud, que en algunos estados comenzó a darse a fines del XVIII, planteaba problemas políticos y sociales respecto del estatuto político y civil de los negros libertos; y, en esos casos, las ideas que justifican cualquier semejante a un doble estándar siempre encuentran espacio. En ese sentido, el

poligenismo venía muy bien. De hecho, el defensor más prestigioso de ese poligenismo americano de mediados del Siglo XIX, que fue el naturalista suizo Louis Agassiz (GOULD, 1988, p. 27; SUSSMAN, 2014, p. 32), podría contarse entre los anti-esclavistas defensores de una libertad tutelada, y sin igualdad de derechos, para los negros (GOULD, 1988, p. 32-4). Agassiz estaba radicado en Estados Unidos desde 1846 (LLORENTE-BOUSQUETS *et al.*, 2016, p. 73); y, siendo profesor de la muy *yankee* Harvard desde 1847 (GOULD, 1988, p. 27; LLORENTE-BOUSQUETS *et al.*, 2016, p. 75), él no podía comprometerse con la defensa explícita de la esclavitud (Cf. SIVASUNDARAM, 2010, p. 122). Pero, aun allí, él podía defender tesis racistas que no dejarían de suscitar algunas simpatías y adhesiones. Eso es lo que hace en su escrito de 1850: “The diversity of origins of the human race” (AGASSIZ, 1850).

Se trata de una defensa del poligenismo cuyos argumentos, pretendía Agassiz (1850, p. 113), nada tenían que ver con cuestiones morales y políticas relativas a la situación de los negros (Cf. AGASSIZ, 1850, p. 113). Con todo, en las últimas páginas de ese mismo trabajo, él hace algunas consideraciones que son muy reveladoras respecto de sus posiciones frente a tales asuntos (Cf. GOULD, 1988, p. 31-2; MENARD, 2002, p. 110-1; SUSSMAN, 2014, p. 32-3). “Afirmar que todas las razas poseen las mismas capacidades, gozan de los mismos poderes y muestran las mismas disposiciones naturales, y que como resultado de dicha igualdad tienen derecho a ocupar la misma posición en la sociedad humana”, dice Agassiz ahí, sería “una parodia filantrópica y filosófica” (1850, p. 143). Por eso, en lugar de tratar a todas las razas en pie de

igualdad, debía educárselas y otorgárseles funciones sociales en virtud de las capacidades y disposiciones de cada una de ellas (AGASSIZ, 1850, p. 145). Y el poligenismo no sólo daba buenos razones para explicar esas supuestas diferencias a las que Agassiz alude; sino que también reforzaba la idea de que las mismas eran irreversibles.

Pero aquí, el trasfondo político e ideológico de las tesis de Agassiz, nos interesa menos que la inserción de sus tesis en el saber de la Historia Natural en la cual las mismas se afirman y a cuyo desarrollo estarían llamadas a contribuir. Y, en ese sentido, es importante subrayar que ese texto de Agassiz es una defensa del poligenismo en la que el Criterio de Buffon no es cuestionado y en el cual la propia unidad de la especie humana no es discutida (GOULD, 1988, p. 30). Lo que Agassiz (1850, p. 114) quiere cuestionar, en ese escrito de 1850, es sólo su unidad de origen; y lo hace por consideraciones relativas a la distribución y a las características distintivas de las diferentes “razas” (AGASSIZ, 1850, p. 135-6). Para eso, él ataca los argumentos, también de raigambre buffoniana, que pretendían explicar las características distintivas de esas “razas” en virtud de los efectos del clima y de las condiciones de vida en general (Cf. AGASSIZ, 1850, p. 138). En ese sentido, sus consideraciones sobre las razas humanas ya anticipan las tesis sobre las relaciones de las relaciones entre los animales y el ambiente, que se exponen en el *Essay on classification* (AGASSIZ, 1857) y en *De l'espèce* (AGASSIZ, 1869). En ambas obras Agassiz intenta mostrar que las contingencias del medio no pueden explicar las formas de los seres vivos.

Lo que puede resultar extraño es la idea de que se pueda sostener el poligenismo sin necesariamente negar la unidad de la especie. En general las dos cosas van juntas; y hasta el propio Agassiz, conforme lo veremos un poco más adelante, acabará sosteniendo las dos tesis. Pero, “The diversity of origins of the human race” aún no lo hace: ahí él afirma la diversidad de orígenes de las razas humanas sin negar la unidad de la especie; cosa que a nosotros, que pensamos a los taxones como linajes puede desconcertarnos. Pero eso es así porque, aunque no lo queramos o no lo sepamos, pensamos *a la Darwin*. Pero eso no era el caso de Louis Agassiz. Para él, conforme quedaría claramente consignado en el *Essay on classification* (AGASSIZ, 1857, p. 7-8) y en *De l'espèce* (AGASSIZ, 1869, p. 8-9), las especies y los órdenes taxonómicos superiores eran, literalmente, *categorías del pensamiento divino*.

Eso implicaba que la adscripción de un espécimen a una especie equivalía a decir que dicho espécimen era un ejemplo, una instancia, un caso, de ese concepto desde siempre presente en la mente del *creador*. Así, decir que Sócrates era un hombre, implicaba suponer que él tenía los atributos que definen *lo que es ser un hombre para Dios*. Allí nada se diría sobre la filiación o la genealogía de Sócrates; ni tampoco se negaría que Aristóteles también tuviese esos atributos propios de todo hombre, aunque también tuviese otros atributos que lo diferenciarían de Sócrates. Semejantemente, decir que las razas negra y blanca representan diferentes variedades de hombre no implica afirmar su origen común; sino afirmar que ambas poseen las características esenciales de la especie humana. Sin tampoco negar que entre ellas existan diferencias más o

menos importantes. Y, conforme lo acabamos de ver, Agassiz pensaba que esas diferencias eran muy importantes e inexplicables por el recurso a los efectos acumulados del clima, la alimentación y las condiciones de vida. Nótese, además, que si se acepta la forma en que Agassiz está pensando las categorías taxonómicas, deberíamos aceptar que: si la divinidad crease en otro planeta a seres vivientes con los atributos morfológicos y mentales que son definitorios del hombre; entonces, esos seres también serían parte de la especie *Homo sapiens*.

Pero, en el momento en que Agassiz escribe “The diversity...”, ya había un naturalista americano que estaba cuestionado el Criterio de Buffon y la unidad de la especie humana: era Samuel George Morton (Cf. MENARD, 2002, p. 110); al cual Agassiz, como veremos después, terminará siguiendo. Morton, que también era un poligenista “no esclavista”, había conquistado bastante notoriedad debido a ciertos trabajos de Craneometría realizados sobre aborígenes americanos (MORTON, 1839) y sobre cráneos encontrados en monumentos y ruinas del antiguo Egipto (MORTON, 1844)⁶. Pero no es a eso que quiero referirme aquí, sino a sus tesis sobre los criterios para distinguir especies. Pienso, particularmente, en “Hybridity in animals considered in reference to the question of the unity of human species”: una extensa memoria, publicada en dos partes, en la que Morton (1847a; 1847b) pasa revista a casos reconocidos, o simplemente reportados, de especies consideradas diferentes

6 En *La falsa medida del hombre*, Stephen Jay Gould (1988, p. 35-45) hace un muy buen examen de esos trabajos de Morton. También se puede leer el artículo sobre Morton que Gould (1978) publicó en *Science*.

pero que, con mayor o menor frecuencia, serían capaces producir híbridos fértiles. Evidencias, ésas, que le permiten concluir que “el mero hecho de que las múltiples razas humanas produzcan, al cruzarse, una progenie más o menos fértil, no constituye, en sí mismo, una prueba de la unidad de la especie humana” (MORTON, 1847b, p. 212). Pero, para que su posición quedase totalmente articulada, Morton precisaba proveer un criterio para distinguir especies que sustituyese al propuesto por Buffon; y es así que, tres años más tarde, él llega a la idea de la especie como “forma orgánica primordial” (MORTON, 1850, p. 82).

Morton reconoce, entretanto, que no es fácil decir cuáles son las formas orgánicas primordiales; pero sugiere que, “si ciertos tipos orgánicos ahora existentes pueden ser rastreados en la noche de los tiempos, mostrándose como siendo similares a como ahora los vemos”, sería “razonable considerarlos como originarios”, en vez de suponer que son “la mera derivación accidental de una cepa patriarcal aislada de la cuál nada sabemos” (MORTON, 1850, p. 82). Y es importante resaltar que lo que Morton entendía por “noche de los tiempos” no tiene que ver con las profundidades del tiempo geológico; sino con cosas mucho más recientes. Él se remite, concretamente, a los monumentos de Egipto y Asiria (MORTON, 1850, p. 82); de los cuales provenían los cráneos cuyas mediciones había presentado en *Crania Aegyptiaca* (MORTON, 1844). Y de esas mediciones se desprendía que, en el antiguo Egipto, la raza caucásica y la negra ya estaban presentes como formas separadas (MORTON, 1844, p. 158); lo que, como observa Gould (1978, p. 506) podía citarse como evidencia del origen

independiente de ambos grupos. Morton observa, además, que en esos tiempos, la posición social de los negros “era la misma de ahora, la de sirvientes y esclavos” (MORTON, 1844, p. 158). Se podía concluir, por lo tanto, que negros y caucásicos eran “formas orgánicas primordiales”.

Esta puede parecernos una forma demasiado *naif* de argumentar. Pero esa es una impresión que nos produce la asociación de la temporalidad evolutiva con la temporalidad geológica, más que con la temporalidad histórica, que el darwinismo nos impuso. En el contexto en el que Morton escribe, su forma de argumentar es aún pertinente. Piénsese que, veinte años después, Pierre Flourens todavía podía pretender invalidar las tesis darwinianas diciendo:

Desde Egipto, fueron enviadas momias de hombres. Los hombres de hoy son los de entonces. Fueron enviadas momias de animales: de perros, de bueyes, de cocodrilos, de ibis, etc. Todos esos animales son los mismos que los de hoy. Les tres mil años transcurridos desde que ellos vivieron nada cambiaron. (FLOURENS, 1864, p. 22).

Y en base a esas mismas observaciones, Morton podría concluir que esos perros, bueyes, cocodrilos, e ibis, iguales a los de hoy, son formas orgánicas primordiales; tanto como lo serían las diferentes *especies de hombres*, no obstante su posible mestizaje. Estas últimas, debido a esa posibilidad de entrecruzamiento fértil, conforme la línea de razonamiento por las que Morton nos quiere conducir, serían, “especies próximas”. Según él, en efecto, decimos que dos especies de un mismo género son *remotas* cuando “entre ellas nunca se producen híbridos”; que son *afines* cuando producen “progenie estéril”; y que

son *próximas* cuando producen “progenie fértil” (MORTON, 1850, p. 82). Siendo obvio que Morton quiere llevarnos a la conclusión de que las razas humanas no son variedades de una especie; sino “especies próximas” que integran un mismo género. Él, sin embargo, no explicita esa conclusión; como sí lo harán Josiah Nott y George Gliddon (1854, p. 81) en *Types of Mankind*.

Estos últimos no sólo retoman la idea de forma orgánica primordial; sino que también adoptan la distinción entre especies remotas, afines y próximas; apoyándose en ella para afirmar que, del mismo modo en que cabía decir que “el caballo, el burro, la cebra y la cuaga” son especies diferentes, también cabría decir que “el judío, el teutón, el eslavo, el mongol, el australiano, el negro de la costa, el hotentote, etc.”, son especies diferentes (NOTT & GLIDDON, 1854, p. 81). Pero las equinas son especies afines y las especies que cabe distinguir dentro del género humano serían especies próximas. Esto, en efecto, es lo que el propio Nott (1854a, p. 397) puntualiza en un capítulo de autoría individual, también incluido en *Types of Mankind*; en donde además se aclara que no todas esas especies del género *Homo*, son igualmente próximas entre sí. Por eso, en algunos casos, la hibridación, si continúa a lo largo de muchas generaciones, podría llevar a la extinción (NOTT, 1854a, p. 397). Así, el temor a la hibridación, que permea la obra de Gobineau (PICHOT, 2000, p. 339; HOCHMANN, 2018, p. 116), encuentra una justificación muy clara en el poligenismo americano (Cf. SIVASUNDARAM, 2010, p. 121; SUSSMAN, 2014, p. 38).

Nott y Gliddon (1854, p. 85), por otra parte, tampoco dejan de recurrir a la evidencia del antiguo Egipto, mostrando una figura, datada en 3.300 años, en

la cual la raza roja, de los propios egipcios, aparece representada junto a otras tres razas también muy bien diferenciadas: la amarilla; la negra y la blanca. Siguiendo a Morton, eso ratificaría su carácter de formas orgánicas primordiales. Pero, aun ratificando decididamente la existencia de distintos tipos primordiales de hombre, o de distintas especies de hombre, Nott y Gliddon (1854, p. 86-7) reconocían que, las distinciones entre esas razas o tipos humanos que se habían hecho hasta ese momento padecían, todas ellas, de alguna arbitrariedad; siendo necesarias investigaciones ulteriores para poder articular una clasificación bien fundamentada del género humano. Y, en ese sentido, consideraban que el Sketch de Louis Agassiz (1854) – “Of the natural province of the animal world and their relation to the different types of man” –, que había sido incluido en *Types of Mankind*, constituía una importantísima contribución para la comprensión de la Historia Natural del género humano.

Types of Mankind fue, definitivamente, el gran libro del poligenismo americano (SUSSMAN, 2014, p. 34); y aunque la mayor parte de los capítulos fueron escritos por Nott y Gliddon, y otros por Nott (1854a; 1854b) individualmente, el volumen también incorpora contribuciones de otros autores: un capítulo de William Usher (1854) sobre cuestiones geológicas y paleontológicas relativas al origen del hombre; una memoria de Henry Patterson (1854) sobre la vida y la obra de Morton; y, la más importante de todas, que es la de Agassiz. En esta última, el poligenismo es defendido en virtud de consideraciones biogeográficas asociadas con la teoría de los centros de creación (Cf. QUATREFAGES, 1878, p. 115; GOULD, 1988, p. 28). En ese

momento, se sabía que la idea de un único centro de creación, como la expuesta por Linné (1741) en su *Oratio de telluris habitabilis incremento*, no podía explicar la distribución actual de los seres vivos (LLORENTE-BOUSQUETS *et al.*, 2016, p. 88-9); y, para responder a esa dificultad, sin imaginar siquiera la alternativa de una biogeografía evolucionista como la que Darwin (1859) vendría a proponer cinco años más tarde, Agassiz pensó que lo más económico, sería postular ocho actos de creación diferentes, cada uno de los cuales comportaría su propia dotación de razas o tipos humanos *ad-hoc* (Cf. AGASSIZ, 1854, p. *lxxv*).

Pero, a diferencia de lo que ocurría en 1850, en este escrito de 1854, el naturalista de Harvard ya ha cerrado filas con Morton, y también con Nott y Gliddon, en lo que atañe al Criterio de Buffon y a la unidad de la especie humana (AGASSIZ, 1854, p. *lxxiv*). Ahora, y tal cual lo continuaría haciendo en *De L'espèce* (AGASSIZ, 1869, p. 263-4), él recusa ese criterio de forma explícita y trata a las razas como especies diferentes (AGASSIZ, 1854, p. *lxxiv*) que se cruzan como ocurre con otras especies (AGASSIZ: 1854, p. *lxxiv*; 1869, p. 263; 1938[1869], p. 625). Ellas constituyen “formas orgánicas primordiales” (AGASSIZ, 1854, p. *lxxiv*); y, atendiendo a lo que después Agassiz diría en el *Essay* de 1857, y también en *De L'espèce*, se podría incluso decir que esas “formas orgánicas primordiales” se refieren a diferentes categorías del pensamiento divino. Categorías que se habrían manifestado en actos de creación también independientes.

Así, sin mayor conmiseración por Occam, por Newton, o por Blumenbach, Agassiz (1854, p. *lxxvii*) consideró que esos centros de creación habían producido estos ocho dominios de florifaunísticos: [1] *Ártico*; [2] *Asiático*; [3] *Europeo*; [4] *Americano*; [5] *Africano*; [6] *Malayo*; [7] *Australiano*; y [8] *Polinesio*. Pero, mientras el dominio *Asiático* sólo incorporaba a la raza mongólica, y el dominio europeo sólo al "Hombre Blanco"; el dominio *africano* incorporaba seis razas diferentes y el dominio *australiano* otras dos (AGASSIZ, 1854, p. *lxxviii*). El porqué de ese desequilibrio no queda claro; pero creo que es una exigencia de los criterios morfológicos usados para establecer las distinciones raciales. Aparentemente, si negamos que el malayo y el mongol pertenecen a la misma raza, y afirmamos que constituyen dos especies diferentes; entonces, con el mismo criterio, tampoco podemos dejar de negar que los papuanos y los aborígenes australianos constituyen dos razas, o especies, distintas. Lo que, en definitiva no tiene nada de raro: en una misma región puede haber distintas especies, o tipos, de hombre; como también puede haber distintas especies, o tipos, de cánidos: como coyotes y lobos que incluso pueden aparearse dando un híbrido fértil. Con la ayuda de un dios siempre solícito a la hora de solventar derroches ontológicos, la administración de la finitud se simplifica bastante.

4 Las razas humanas en el evolucionismo del Siglo XIX

Pero, incluso antes de que la Guerra de Secesión comenzase, iba ocurrir algo que acabaría con la configuración epistémica en la que la oposición entre

monogenistas y poligenistas podía funcionar de la forma en que lo venía haciendo. En cierto sentido, la teoría de la filiación común que Darwin (1859) promovía en *On the origin of species* imponía algo así como una *victoria pírrica* del monogenismo. Todas las especies compartían un ancestro común; todas derivaban de un mismo tronco común y eso valía también para todas las variedades de hombre. Aunque, a la manera del poligenismo, se pudiese llegar a pensar que esas variedades eran especies diferentes (DARWIN, 2004[1871], p. 205). Pero, aun cuando se aceptase esta última alternativa, había un elemento de monogenismo que se preservaba: desde Buffon en adelante, los monogenistas venían considerando a las variedades humanas desde una perspectiva genealógica, mientras que los poligenistas lo hacían desde una perspectiva tipológica; y es darwinismo validó el modo genealógico de pensar, invalidando el modo tipológico de hacerlo.

Antes de Darwin, toda la Taxonomía seguía, en sus grandes líneas, esa misma forma tipológica de pensar seguida por Agassiz; aunque sin comprometerse necesariamente con las tesis teológicas de éste. Los taxones eran considerados como referidos a tipos morfológicos u organizacionales; sin que entrase en consideración nada que pudiese tener que ver con su filiación. La taxonomía de Cuvier (1817) era la expresión más típica, acabada e influyente de esa forma de pensar (Cf. CAPONI, 2011a)⁷. Pero, cuando se analizaba las variedades internas a una especie, el punto de vista genealógico podía llegar a

7 La taxonomía cuvieriana considera los taxones como tipos organizacionales, como tipos fisiológicos (Cf. RUSSELL, 1916, p. 40; GHISELIN, 1983, p. 115; GUILLO, 2003, p. 92; CAPONI, 2008, p. 36).

tener algún espacio. Éstas solían ser pensadas como linajes derivados de un tronco ancestral común; y, en el caso del monogenismo, eso era lo que se hacía cuando las razas humanas entraban en consideración: tal como se ve, con mucha claridad, en el caso de Buffon (Cf. DORON, 2016, p. 453). Es más, si nos remitiésemos al propio Cuvier, y a su definición de especie que presentamos en la sección anterior, hasta podríamos decir que ese elemento genealógico también estaba en presente ahí.

El poligenismo, en cambio, excluía de plano esa forma de pensar, equiparando las variedades humanas a tipos de origen independiente. Esos tipos, o especies, debían clasificarse como próximos; pero sólo por consideraciones morfológicas o fisiológicas, que no tenían implicaciones genealógicas. Y eso fue algo que el darwinismo ya no permitió hacer: bajo su égida, las mismas consideraciones morfológicas que permitían clasificar dos especies como próximas, también llevaban a pensarlas como derivadas de un tronco común (Cf. GHISELIN, 1983, p. 103; BOWLER, 1996, p. 7; CAPONI, 2011b, p. 3;). Así, cuanto mayor fuese esa proximidad morfológica, mayor debería ser la proximidad genealógica (DARWIN: 1859, p. 413; 2004[1871], p. 208). La semejanza se había transformado en índice de proximidad genealógica (SOBER, 2008, p. 265; RICHARDS, 2009, p. 183); que era todo lo que el poligenismo no quería reconocer.

Lo cierto, de todos modos, es que, puestos ante la alternativa de pensar a las razas humanas como variedades de una misma especie, o como especie de un mismo género, no pocos darwinistas optaron por la segunda alternativa. Las

razones de eso pudieron ser, en muchos casos, de tipo ideológico. El pensamiento racista parece encajar mejor con esa última forma de pensar. Como también se podría pensar que el poligenismo encaja mejor con el racismo que el monogenismo; aunque ya sepamos que la mayor parte de los monogenistas también fueron racistas. No viene mal recordar eso porque lo cierto es que, en realidad, el pensar a las razas como variedades tampoco parece ser antídoto para el racismo. Las ideologías se pueden valer de una u otra posición teórica para validarse, e incluso pueden propiciar la formulación y la aceptación de esas posiciones; pero, en última instancia no dependen de ellas, pudiendo sobrevivirlas. Además, en el caso que nos ocupara tampoco hay que pasar por alto las dificultades que los primeros evolucionistas tuvieron con la noción de *especie*. Esas dificultades llevaron a buscar un ablandamiento de esa noción que permitió que algunas naturalistas pensasen a las razas humanas como especies diferentes.

Esas dificultades se hacen evidentes en las hesitaciones de Darwin con relación a esa noción (DOBZHANSKY, 1966, p. 38; MAYR, 1992, p. 43; RICHARDS, 2010, p. 78). Las mismas han generado muchas controversias entre los historiadores e intérpretes de la obra de Darwin que han indagado sobre cuál era el entendimiento que éste realmente tenía respecto de ese concepto (RICHARDS, 2010, p. 78). Pero, independientemente de poder aceptar o no algunas de las respuestas que han sido dada a la cuestión, lo cierto es que Darwin fue muy oscilante y elusivo en lo que respecta al asunto; y eso contribuyó a que los evolucionistas, en general, adoptasen posiciones variadas,

y no muy claras, frente al asunto. Darwin (1859, p. 51), además, tampoco fue muy claro respecto de cómo establecer una diferencia clara entre la distinción variedad-especie y la distinción especie-género⁸. Ese problema que ya lo había hecho dudar a Buffon, tampoco dejó de hacerlo dudar a Darwin (RICHARDS, 2010, p. 87); que osciló entre diferentes respuestas a la cuestión. Propiciando, incluso, la idea de que él estuviese pensando que las especies fuesen clases artificiales (WILKINS, 2009, p. 169; RICHARDS, 2010, p. 79).

Ese error, entretanto, es bastante comprensible. Hasta Darwin las especies habían sido pensadas, o bien como tipos constantes, o bien como clases artificiales (Cf. MAYR: 1982, p. 265; 1992, p. 40); no concibiéndose esa tercera posibilidad que consiste en pensarlas como entidades individuales (Cf. GHISELIN, 1974; HULL, 1976). Podía parecer, entonces, que si se impugnaba la primera alternativa, se tenía que sostener la segunda; que tampoco era satisfactoria. Además, en la forma clásica, tipológica, de pensar las especies, éstas tendieron a ser consideradas como entidades constantes que establecían topes inamovibles para los procesos de cambio; suponiéndose también que esos topes, que definían el contorno de cada especie, establecían límites nítidos entre las diferentes especies. Así, si se quería ir en contra de la existencia de esos topes o restricciones, la alternativa de negar o ablandar o desdibujar los límites entre las especies parecía ofrecerse como un expediente razonable (MAYR, 1982, p. 269); y resignar o relativizar el Criterio de Buffon era un paso en esa dirección que Darwin (1859, p. 276) acabó dando (STAMOS, 2007, p. 111;

8 Al respecto de esta última cuestión, véase: Ghiselin (1983, p. 115); Stamos (2007, p. 133); Richards (2008, p. 271); y Wilkins (2009, p. 142).

WILKINS, 2009, p. 150). Para él, en todo caso, ese criterio podía ser un elemento de juicio significativo para justificar el establecimiento de un límite entre dos especies en particular (STAMOS, 2007, p. 115); pero, por sí sólo, no era algo decisivo, ni de validez general. La posibilidad de que, en muchos casos, el cruzamiento entre individuos de dos especies diese lugar a un híbrido fértil, no podía descartarse (DARWIN: 1859, p. 254; 2004[1871], p. 200).

Además, en lo que atañe a su posición frente al Criterio de Buffon, Darwin no estaba solo, ni tampoco solamente mal acompañado por los poligenistas. Thomas Huxley (1893[1859], p. 3) ya había tomado una posición semejante en su comentario sobre la contribución de Darwin a la comunicación que éste y Wallace (DARWIN & WALLACE, 1977[1858]) habían hecho, el primero de julio de 1858, ante la *Linnean Society* de Londres⁹. Siendo significativo que, treinta años después, el propio Alfred Russel Wallace (1889, p. 185) continuase sosteniendo esa posición de Darwin sin considerarla demasiado problemática. Pero, en lo que respecta al asunto que aquí estamos discutiendo, que es el estatuto de las razas humanas, creo que hay pocos autores cuyas ideas nos puedan resultar más relevantes que las de Ernst Haeckel. Según este célebre evolucionista, cuyas imprecisiones sobre el concepto de especie eran aún mayores que las de Darwin (Cf. HAECKEL, 1947[1868], p. 216), la fertilidad de los híbridos era más la regla que la excepción

9 Sobre las circunstancias de esa presentación conjunta, ver mi artículo: “Definitivamente no estaba ahí: la ausencia de la teoría de la selección natural en *Sobre la tendencia de las variedades a apartarse indefinidamente del tipo original* de Alfred Russel Wallace” (CAPONI, 2009, p. 56).

(HAECKEL, 1947[1868], p. 217); y eso tenía consecuencias para su modo de entender las variedades humanas.

Semejantemente a lo que ocurría en el marco de oposición monogenismo-poligenismo, en el contexto evolucionista también ocurría que la relativización del Criterio de Buffon facilitaba, o abría la puerta, a la posibilidad de negar la unidad de la especie humana; aunque no por eso se negase el parentesco y la filiación común de esas variedades a las que se pasaba a considerar como especies que integraban un mismo género. Eso lo vemos en el propio Darwin (2004[1871], p. 47) que, al igual que Thomas Huxley, tampoco llega a afirmar la unidad de la especie, dejando abierta la posibilidad de que las variedades reconocidas fuesen especies diferentes derivadas de un mismo ancestro (Cf. HUXLEY, 1865, p. 275; DARWIN, 2004[1871], p. 201). Pero es Haeckel (1947[1868], p. 544) quien, de forma más decidida, se afirma en la relativización o ablandamiento del Criterio de Buffon para, a partir de ahí, afirmar que las principales variedades humanas eran especies distintas que se integraban en el género *Homo* y que no estaban separadas por barreras biológicas que impidiesen su mestizaje.

Este género, sostenía en efecto Haeckel (1947[1868], p. 544), estaba dividido en doce especies diferentes; entre las cuales se contaban: la especie negra; la especie hotentote; la especie australiana; la especie americana; la especie malaya y la especie mongólica. Pero, esas especies, que compartían un ancestro común, al que Haeckel (1947[1868], p. 553) denomina *Homo primigenius*, también incluían diversas razas que, sumadas, llegaban a treinta y

seis (cf. PICHOT, 2000, p. 328). La especie mediterránea, por ejemplo, incluía cuatro razas: los caucásicos; los vascos; los semitas; y los indogermanos. Y es claro que, según Haeckel, esas especies y razas habían alcanzado diferentes “grados” de evolución (Cf. RICHARDS, 2008, p. 269). Para él, al igual que para otros seguidores suyos como Louis Büchner (1886, p. 181), la especie Mediterránea sería superior a las demás y, liderada por la raza indogermánica, estaba imponiéndose en su inevitable lucha con las demás (HAECKEL, 1947[1868], p. 550-2). Pero, también hay que decir que, en lo que atañe a eso, la posición de Haeckel no difiere demasiado de la de Darwin (Cf. GOULD, 1988, p. 20; SÁNCHEZ ARTEAGA, 2007, p. 384; RICHARDS, 2008, p. 270). Lo que Haeckel plantea en relación a las diferentes especies del género *Homo*, Darwin lo aplica, quizá con un poco menos de énfasis o de entusiasmo, para esas diferentes razas que él no sabe si tratar como distintas especies de un género, o como distintas variedades de una misma especie (DARWIN, 2004[1871], p. 211-2).

Pero, si consideramos la poca claridad que los evolucionistas del Siglo XIX tenían respecto del concepto de *especie* y sobre la distinción entre especies y variedades; quizá haya que decir que, para ellos, la opción entre tratar a las razas humanas como especies o como variedades, no revestía mayor importancia teórica. En algún sentido, la cuestión parecía ser puramente terminológica. Distinto era el caso, en cambio, de la cuestión relativa al monofiletismo o polifiletismo del grupo constituido por las variedades o especies que consideramos humanas (Cf. DARWIN, 2004[1871], p. 205). Si

consideramos que todas las razas humanas han surgido de un stock inicial a partir del cual después divergieron; entonces, sostendremos lo que en el lenguaje de la Biología actual, caracterizaríamos como el monofiletismo del grupo que dichas razas componen. Pero, si consideramos que ellas surgieron de dos o más stocks diferentes, aunque seguramente muy emparentados, sostendremos lo que hoy describiríamos como el polifiletismo del grupo. En este último caso, la morfología, la emotividad y las capacidades emotivas que consideramos como propias de nuestra especie, o de nuestro género, habrían evolucionado paralelamente, dándose también ciertas convergencias más o menos estrechas.

Esta última alternativa, de todos modos, no fue una posición que encajase muy bien en el darwinismo (Cf. DARWIN, 2004[1871], p. 207). Ella no se llevaba bien con los supuestos metodológicos generales de la teoría propuesta por Darwin. Según los mismos, conforme ya lo vimos, la explicación más obvia de la semejanza es siempre la filiación común: la evolución paralela, o la convergencia, sobre todo cuando involucra estructuras complejas es siempre considerada como muy improbable. Algo así como una alternativa a ser considerada sólo cuando la evidencia es demasiado contraria a la explicación por herencia desde un ancestro compartido. Y subrayo que esa forma de pensar, que prefiere explicar la semejanza por filiación antes que por evolución paralela o convergencia, continúa rigiendo en la Biología Evolutiva actual. A ella alude el principio de parsimonia de la Sistemática Filogenética. Según el mismo, entre dos reconstrucción posibles de los pasos evolutivos que

llevaron a una semejanza entre dos linajes, aquella que supone “el menor número de orígenes independientes de caracteres compartidos es la solución preferida” (WILEY & LIEBERMAN, 2011, p. 153).

Lo cierto, sin embargo, es que no faltaron naturalistas que, en el caso de las razas humanas, rompieron con esa regla; o quizá haya que decir que creyeron encontrar razones para no atenerse a la alternativa más *estrictamente darwiniana*. Un ejemplo de eso lo podemos encontrar en Florentino Ameghino (Cf. CAPONI, 2017, p. 161-211). Éste, al igual que Haeckel, no le daba mayor importancia al concepto de especie (AMEGHINO, 1915[1884], p. 137); ni pensaba que se pudiese establecer una diferencia importante entre la distinción especie-género y la distinción variedad especie (AMEGHINO, 1915[1884], p. 133). Él, además, tampoco consideraba que el criterio buffoniano fuese decisivo a la hora de delimitar especies (AMEGHINO, 1915[1884], p. 136). Pero, a diferencia de Haeckel, Ameghino (1907, p. 222) no pensaba que, en la actualidad, el género *Homo* estuviese representado por doce especies; sino sólo por sólo cuatro: la caucásica, la mongólica, la amerindia, y la negra. Esta última, sin embargo, se distinguiría de las otras por haber evolucionado a partir de una forma pre-humana putativamente distinta de aquella de la cual habrían evolucionado las demás. Por eso Ameghino (1917[1915], p. 186) la llamaba *Homo alter* (Cf. SALGADO & AZAR, 2003, p. 14). Ese “otro hombre” habría evolucionado en África, donde no existirían condiciones propicias para el progreso de la humanización (Cf. SALGADO & AZAR, 2003, p. 16). Por eso, en

lo que atañe a las características humanas, su evolución se había estancado o ralentizado¹⁰.

Pero, el caso más típico, y más conocido, de afirmación del polifiletismo del género humano, lo encontramos en Paul Broca. Inicialmente, éste célebre antropólogo físico francés (Cf. GOULD, 1988, p. 72), que fue un firme impulsor de estudios craneométricos de marcado tinte racista y sexista (BROCA, 1861), sostuvo un poligenismo muy afín al promovido por Agassiz (Cf. BROCA, 1864, p. 63-4). Pero posteriormente, la adopción de un tímido e indeciso evolucionismo no darwiniano (BROCA, 1870, p. 237-8), lo llevó a postular un polifiletismo que operaba como sucedáneo de ese poligenismo (Cf. CONRY, 1974, p. 64). Según Broca (1870, p. 234), las diferencias osteológicas de los distintos linajes humanos, hacían pensar que los mismos "descendían de varias cepas diferentes". Sus tesis sobre hibridación inter-específica, que habían sido desarrolladas en un contexto poligenistas (BROCA, 1864, p. 66), también le servían después de su hesitante conversión al evolucionismo.

Colofón

Importa decir, entretanto, que ese contexto teórico en el cual Haeckel o Ameghino podían tratar a las razas como especies se desmoronaría en el Siglo

¹⁰ Ameghino negaba, en efecto, lo que hoy definiríamos como el carácter monofilético del género *Homo*. Para él, ese género era más un *grado* que un *clado*. O mejor, era como un intervalo dentro de un gradiente al cual se podía llegar por vías paralelas y por el cual se podía ascender en niveles diferentes. El *Homo alter* había llegado ahí por una vía diferente de la recorrida por otras especies del género; pero no había avanzado demasiado por la escala de la humanización.

XX; y eso tendría que ver con el surgimiento de un nuevo modo de conceptualizar las especies. Las mismas pasarían a ser consideradas, conforme lo señale en la presentación, en términos poblacionales (Cf. SIMPSON, 1951, p. 287): como poblaciones que guardan ciertas relaciones biológicas entre sí. Y eso es lo más importante, no obstante las dificultades conceptuales que plantee la caracterización y delimitación de la naturaleza de tales relaciones. En la nueva perspectiva, las especies son agrupamientos o linajes de poblaciones cuyos procesos evolutivos están interconectados; pero son relativamente independientes de los procesos evolutivos que se dan en otros linajes o agrupamientos semejantes. Y eso es lo que Simpson intentaba consignar en su Concepto Evolutivo de Especie (Cf. CAPONI, 2013, p. 399). Según el mismo, una especie es “un linaje filético (una secuencia ancestro-descendiente de poblaciones entrecruzables) que evoluciona independientemente de los otros linajes, y tiene un papel evolutivo separado y unitario, con sus propias tendencias” (SIMPSON, 1951, p. 289). Pero, para entender cómo eso pudo incidir en el debate sobre el estatuto de las razas humanas conviene considerar otro de esos conceptos poblacionales de especie que fueron propuestos en la Biología Evolutiva del Siglo XIX. Aludo al Concepto Biológico de Especie.

Según la enunciación del mismo que Mayr propuso: “las especies son grupos de poblaciones naturales entrecruzables que están reproductivamente aisladas de otros grupos semejantes” (2007[1963] p. 205; 2000, p. 17). Y, ante esa formulación, no es difícil pensar que estamos, nuevamente, ante el Criterio de Buffon; pero, teniendo en cuenta lo que acabo de decir sobre el modo de

conceptualizar las especies que comenzaría a darse en el Siglo XX, no debemos pasar por alto que Mayr está refiriéndose poblaciones y no a individuos. El Criterio de Buffon se aplicaba a seres vivos individuales: si un coyote y una loba copulaban, y de ahí surgía un híbrido capaz de reproducirse; entonces, teníamos que ambos eran parte de la misma especie. En cambio, el concepto de Mayr alude a poblaciones. Así, en el caso del coyote y la loba, en lugar de llevarnos a considerar la fertilidad de los híbridos que puedan resultar de sus apareamientos, ese concepto nos pide que consideremos si las poblaciones de lobo y coyote están separadas por algún tipo de barrera reproductiva que tienda a evitar o a dificultar el flujo genético entre ellas.

El aislamiento reproductivo aquí en cuestión es, en efecto, de nivel poblacional, y puede darse por una multiplicidad de mecanismos que se puedan clasificar en tres grandes tipos: barreras que impiden o dificultan el apareamiento (*v.g.* incompatibilidades en comportamientos y temporadas de apareamiento); barreras que precigóticas que obstaculizan la fertilización (actuando, por ejemplo sobre polen y esperma); y barreras postcigóticas que inviabilizan o esterilizan a la progenie resultante del cruzamiento (COYNE & ORR, 2004, p. 28-9). Así, aunque existan poblaciones *Canis lupus* y de *Canis latrans* coexistiendo en la misma área geográfica, y aunque no existan barreras pre o postcigóticas que impidan que del eventual apareamiento de un coyote y una loba surja un híbrido fértil, puede decirse que se trata de dos especies diferentes. Aunque se trate de especies cuya separación evolutiva sea incipiente, y aun relativamente imperfecta, el hecho de que las poblaciones de

Canis lupus y de *Canis latrans*, pese a los múltiples solapamientos de sus áreas de distribución, se mantengan separadas, sólo puede explicarse porque algún factor que, en circunstancias habituales, obstaculiza el apareamiento entre individuos de uno y otro linaje. Y eso ya nos permite hablar de dos especies diferentes.

Es cierto que el concepto biológico de especie ha sido objeto de muchos cuestionamientos (Cf. CAPONI, 2013, p. 397). Sobre todo porque su aplicación se restringe a linajes de organismos en donde existe la reproducción sexual (Cf. CAPONI, 2013, p. 398). Pero, como ese es claramente el caso de los homínidos, dichas objeciones no se aplican al caso que aquí nos ocupa. En realidad, el Concepto Biológico de Especie puede considerarse como una aplicación restringida del concepto evolutivo de especie propuesto por Simpson y hoy reivindicado por autores como: Wiley (1981, p. 25); Mayden (2002, p. 184); Richards (2007, p. 219); y De Queiroz (2011, p. 27). El Concepto Biológico de Especie alude a un tipo de aislamiento evolutivo entre linajes, o grupo de poblaciones, que puede darse cuando estamos ante seres vivos de reproducción sexual y que consiste en esos mecanismos, recién aludidos, que dificultan el flujo genético desde y hacia afuera de ese grupo o linaje de poblaciones. Por eso, en la medida en que todos los homínidos se reproducen sexualmente, su aplicabilidad en nuestro linaje es incuestionable. Cabe preguntarse, sin riesgo de impertinencia, si entre esos linajes que Haeckel trataba como especies del género *Homo* existe algún mecanismo de aislamiento reproductivo como el que

seguramente existe entre *Canis lupus* y de *Canis latrans*; y si no concluimos que no lo hay, podemos estar seguros que todos ellos pertenecen a la misma especie.

La pregunta, sin embargo, aunque pertinente, es puramente retórica. Esos linajes que Haeckel pretendía clasificar en doce especies y treinta y seis razas, no están separados por ningún mecanismo de aislamiento reproductivo. Donde sea y como sea que dos poblaciones de tales linajes se encuentren, los apareamientos habrán de ocurrir, y no de forma excepcional, u ocasional. El mestizaje resultante, además, no tendrá límites ni topes postcigóticos. La llegada a América de europeos, a partir de fines del Siglo XV, y después de africanos fue el mayor experimento a gran escala que mostró eso, aun cuando los linajes amerindios hayan pasado por un largo periodo de aislamiento geográfico. Pero antes de eso, no había habido migración, conquista o intercambio comercial que no acabase en profuso flujo genético, por no decir otra cosa. Y, a partir de la segunda mitad del Siglo XIX, en el que Darwin, Haeckel y Ameghino escribían, esas migraciones, conquistas e intercambios comerciales se transformaron en constantes y globales, sin que tampoco surgiese la más mínima sospecha de la existencia de algún mecanismo de aislamiento reproductivo. Por eso, las dudas de Darwin sobre la unidad de la especie humana ya no tienen cabida: no hay duda razonable al respecto. Y por duda razonable entiendo una duda basada en el propio conocimiento científico vigente.

Lo más interesante del caso, sin embargo, es que si se sigue la misma forma de razonar que hoy nos lleva a no poder poner en duda la unidad de la

especie humana; también puede llegar a concluirse que la propia distinción entre razas es problemática. Si lo que nos sirve para establecer distingos entre linajes no son consideraciones tipológicas sobre poseer o no poseer ciertos atributos morfológicos, y si en lugar de ello tenemos que atender a lo que siguiendo a Simpson tendríamos que caracterizar como un aislamiento evolutivo; entonces, para poder hablar de razas, tendríamos que poder hablar de linajes cuya evolución ha sido y es lo suficientemente independiente como para dar soporte a una partición taxonómica no arbitraria y coherente. Pero, por diversas razones, eso no parece ser tan fácil. Sin embargo, el examen de esas razones y la discusión sobre el “estatuto de las razas” en la Biología Evolutiva actual, ya es algo que excede los límites de este trabajo (Cf. TEMPLETON, 2016; CAPONI, 2020).

Referencias

AGASSIZ, L. The diversity of origins of the human races. *The Christian Examiner*, 49, p. 110-45, 1850.

AGASSIZ, L. Of the natural provinces of the animal world and their relation to the different types of man. In: NOTT, J. & GLIDDON, G. *Types of mankind*. Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co., p. lviii-lxxviii, 1854.

AGASSIZ, L. Essay on classification. In: AGASSIZ, L. *Contributions to the Natural History of the United States of America*, Vol. I. Boston: Little, Brown & Co., p. 1-232, 1857.

AGASSIZ, L. *De L'espèce et de la classification en Zoologie*. Paris: Baillièrre, 1869.

AGASSIZ, L. Permanência dos traços característicos nas diferentes espécies humanas. Apêndice de AGASSIZ, E. & AGASSIZ, L. *Viagem ao Brasil, 1865-1866*. São Paulo: Companhia Editora Nacional, p. 621-6, 1938[1869].

AMEGHINO, F. Notas preliminares sobre el *Tetraprothomo argentinus*. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires (Serie 3)*, Tomo IX, p. 105-240, 1907.

AMEGHINO, F. *Filogenia: principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915[1884].

AMEGHINO, F. Origen y emigraciones de la especie humana. *Doctrinas y descubrimientos*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, p. 167-212, 1917[1915].

BLUMENBACH, J. On the natural variety of mankind. 1°Ed. In: BENDYSHE, T. (ed.). *The anthropological treatises of Johann Friedrich Blumenbach*. London: Longman, Green, Longman, Roberts and Green, p. 65-144, 1865[1775].

BLUMENBACH, J. On the natural variety of mankind. 3°Ed. In: BENDYSHE, T. (ed.). *The anthropological treatises of Johann Friedrich Blumenbach*. London: Longman, Green, Longman, Roberts and Green, p. 145-276, 1865[1795].

BLUMENBACH, J. Contributions to Natural History Part I. 2°Ed. In: BENDYSHE, T. (ed.). *The anthropological treatises of Johann Friedrich Blumenbach*. London: Longman, Green, Longman, Roberts and Green, p. 277-324, 1865[1806].

BLUMENBACH, J. Contributions to Natural History Part II. In: BENDYSHE, T. (ed.). *The anthropological treatises of Johann Friedrich Blumenbach*. London: Longman, Green, Longman, Roberts and Green, p. 325-40, 1865[1811].

BOWLER, P. *Life's splendid drama*. Chicago: Chicago University Press, 1996.

BROCA, P. *Sur le volumen et la forme du cerveau*. Paris: Hennuyer, 1861.

BROCA, P. *On the phenomena of hybridity in the genus Homo*. London: Longman, Green, Longman& Roberts, 1864.

BROCA, P. Sur le transformisme. *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 2^o serie, Tome 5, p. 168-242, 1870.

BÜCHNER, L. *Lugar del hombre en la naturaleza*. Barcelona: Granada y Cia, 1886.

BUFFON. *Historie Naturelle Générale et Particulière*, Tome III. Paris: L'Imprimerie Royale, 1749a.

BUFFON. *Historie Naturelle Générale et Particulière*, Tome II. Paris: L'Imprimerie Royale, 1749b.

BUFFON. *Historie Naturelle Générale et Particulière*, Tome XIV. Paris: L'Imprimerie Royale, 1766.

BUFFON. *Historie Naturelle des Oiseaux*, Tome I. Paris: L'Imprimerie Royale, 1770.

CAPONI, G. *Georges Cuvier: un fisiólogo de museo*. México: Limusa, 2008.

CAPONI, G. Definitivamente no estaba ahí: la ausencia de la teoría de la selección natural en *Sobre la tendencia de las variedades a apartarse indefinidamente del tipo original* de Alfred Russel Wallace. *Ludis Vitalis* 17(32), p. 55-73, 2009.

CAPONI, G. *Buffon*. México: UAM, 2010.

CAPONI, G. Las taxones como tipos: Buffon, Cuvier y Lamarck. *História, Ciência, Saúde* 18(1), p. 15-31, 2011a.

CAPONI, G. *La segunda agenda darwiniana*. México: Centro Lombardo Toledano, 2011b.

CAPONI, G. Las especies son linajes de poblaciones microevolutivamente interconectadas. *Principia*, 17(3), p. 395-418, 2013.

CAPONI, G. *El darwinismo de Ameghino*. Florianópolis: NEL-UFSC, 2017.

CAPONI, G. ¿Qué es, si es que es algo, una raza humana? *Principios*, 27(54), p. 87-132, 2020.

CONRY, Y. *L'introduction du darwinisme en France au XIX^e siècle*. Paris: Vrin, 1974.

COYNE, J. & ORR, A. *Speciation*. Sunderland: Sinauer, 2004.

CUVIER, G. *Le Règne Animal*, Tome I. Paris: Deterville, 1817.

CUVIER, G. *Discours préliminaire aux Recherches sur les ossements fossiles de quadrupèdes*. Paris: Flammarion, 1992[1812].

DARWIN, C. *On the origin of species*. London: Murray, 1859.

DARWIN, C. *The descent of man, and selection in relation to sex*. London: Penguin, 2004[1871].

DARWIN, C. & WALLACE, A. On the tendency of species to form varieties; and on the perpetuation of varieties and species by natural means of selection. In: BARRETT, P. (ed.). *The collected papers of Charles Darwin*, Vol. II. Chicago: The University of Chicago Press, p. 3-18, 1977[1858].

DAUDIN, H. *De Linné à Lamarck: méthodes de la classification et idée de série en Botanique et en Zoologie (1740-1790)*. Paris: Félix Alcan, 1926.

DE QUEIROZ, K. Branches in the lines of descent: Charles Darwin and the evolution of the species concept. *Biological Journal of the Linnean Society*, 103, p. 19-35, 2011.

- DELAVAUULT, R. *Les précurseurs de la Biologie*. Paris: Editions Corsaire, 1998.
- DOBZHANSKY, T. A critique of the species concept in Biology. *Philosophy of Science*, 2(3), p. 344-55, 1935.
- DOBZHANSKY, T. La idea de especie después de Darwin. In: BARNETT, A. (ed.). *Un siglo después de Darwin*. Madrid: Alianza, p. 37-82, 1966.
- D'ORBIGNY, A. *El hombre americano*. Buenos Aires: Editorial Futuro, 1959[1839].
- DORON, C.-O. *L'homme altéré*. Ceyzérieu: Champ Vallon, 2016.
- DROUIN, J.-M. *L'Écologie et son histoire*. Paris: Flammarion, 1993.
- FLEMMING, J. *Philosophy of Zoology*, Vol. II. London: Hurst, Robinson & Co., 1822.
- FLOURENS, P. *Analyse raisonnée des travaux de Georges Cuvier*. Paris: Paulin, 1841.
- FLOURENS, P. *Historie des travaux et des idées de Buffon*. Paris: Hachette, 1850.
- FLOURENS, P. *Ontologie Naturelle*. Paris: Garnier, 1861.
- FLOURENS, P. *Examen du livre de M. Darwin sur L'origine des espèces*. Paris: Garnier, 1864.
- GALFIONE, M. La intervención kantiana en el debate de las razas de finales del Siglo XVIII. *Scientiae Studia*, 12(1), p. 11-43, 2014.
- GHISELIN, M. A radical solution to the species problem. *Systematic Zoology*, 23, p. 536-44, 1974.
- GHISELIN, M. *El triunfo de Darwin*. Madrid: Cátedra, 1983.
- GHISELIN, M. *Metaphysics and the origin of species*. Albany: SUNY Press, 1997.

- GOBINEAU, A. *Essai sur l'inégalité des races humaines*, Tome I. Paris: Didot, 1853.
- GOULD, S. Morton's ranking of races by cranial capacity. *Science*, 200, p. 503-9, 1978.
- GOULD, S. *La falsa medida del hombre*. Buenos Aires: Hyspamerica, 1988.
- GRIMOULT, C. *Évolutionisme et fixisme en France: histoire d'un combat, 1800-1882*. Paris: CNRS, 1998.
- GUILLO, D. *Les figures de l'organisation*. Paris: PUF, 2003.
- HAECKEL, E. *Historia de la creación de los seres organizados según leyes naturales*. Buenos Aires: Editorial Americana, 1947[1868].
- HOCHMANN, J. *Théories de la dégénérescence*. Paris: Odile Jacob, 2018.
- HOQUET, T. *Buffon/Linné*. Paris: Dunod, 2007.
- HULL, D. Are species really individuals? *Systematic Zoology*, 25, p. 174-91, 1976.
- HUME, D. Of national characters. In: HUME, D. *Essays and treatises on several subjects*, Volume I. London: Millar, p. 277-300, 1753.
- HUXLEY, T. The methods and results of Ethnology. *The Fortnightly Review*, 1, p. 257-77, 1865.
- HUXLEY, T. The darwinian hypotesis. In: HUXLEY, T. *Darwiniana*. New York: Appleton, p. 1-21, 1893[1859].
- KANT, I. Definición de raza humana. In: KANT, I. *Filosofía de la Historia*. Buenos Aires: Nova, p. 68-87, 1964[1785].
- KANT, I. *Antropología*. Madrid: Alianza, 1991[1798].

KEMP, K. Science, Theology and monogenesis. *American Catholic Philosophical Quarterly*, 85(3), p. 217-36, 2011.

LAMARCK, J. *Philosophie Zoologique*. Paris: Flammarion, 1994[1809].

LEDESMA MATEOS, I. *Historia de la Biología*. México: AGT, 2000.

LINNÉ, C. *Oratio de telluris habitabilis incremento*. Leiden: Cornelius Haak, 1741.

LINNÉ, C. *Systema Naturae*, Tomus I (Editio decimo tertia). Leipzig: George E. Beer, 1788.

LLORENTE-BOUSQUETS, J. *La Búsqueda del Método Natural*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

LLORENTE-BOUSQUETS, J.; JUÁREZ-BARRERA, F.; BUENO-HERNANDEZ, A. *El creacionismo de Louis Agassiz y sus concepciones biogeográficas*. Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 2016.

MAGNOLI, D. *Uma gota de sangue*. São Paulo: Contexto, 2009.

MAYDEN, R. On biological species, species concepts and individuals in the nature world. *Fish & Fisheries*, 3, p. 171-96, 2002.

MAYR, E. *Systematics and the origin of species*. Cambridge: Harvard University Press, 1942.

MAYR, E. *The growth of biological thought*. Cambridge: Harvard University Press, 1982.

MAYR, E. *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*. Barcelona: Crítica, 1992.

MAYR, E. The Biological Species Concept. *In: WHEELER, Q. & MEIER, R. (eds.). Species concepts and Phylogenetic Theory.* New York: Columbia University Press, p. 17-29, 2000.

MAYR, E. Species concepts and their application. *In: RUSE, M. (ed.). Philosophy of Biology.* Amherst: Prometheus, p. 203-13, 2007[1963].

MENARD, L. Morton, Agassiz, and the origins of scientific racism in the United States. *Journal of Black in Higher Education* 34, p. 110-3, 2002.

MORTON, S. *Crania americana.* Philadelphia: Pennington, 1839.

MORTON, S. *Crania aegyptiaca.* Philadelphia: Pennington, 1844.

MORTON, S. Hybridity in animals considered in reference to the question of the unity of humans species, part 1. *American Journal of Science*, 3, p. 39-50, 1847a.

MORTON, S. Hybridity in animals considered in reference to the question of the unity of humans species, part 2. *American Journal of Science*, 3, p. 203-12, 1847b.

MORTON, S. On the value of the word 'species' in Zoology. *Proceedings of the Academia of Natural Sciences of Philadelphia*, 5, p. 81-2, 1850.

NEWTON, I. *Mathematical Principles of Natural Philosophy.* New York: Daniel Adee, 1846[1726].

NOTT, J. Hybridity of animals viewed in connection with the natural history of mankind. *In: NOTT, J. & GLIDDON, G. Types of mankind.* Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co., p. 372-410, 1854a.

NOTT, J. Comparative Anatomy of Races. *In: NOTT, J. & GLIDDON, G. Types of mankind.* Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co., p. 411-65, 1854b.

NOTT, J. & GLIDDON, G. *Types of mankind*. Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co., 1854.

PAPAVERO, N.; PUJOL-LUZ, J.; LLORENTE-BOUSQUETS, J. *Historia de la Biología Comparada*, Vol. IV. México: UNAM, 2001.

PATTERSON, H. Memoir of the life and scientific labors of the late Samuel George Morton, MD. In: NOTT, J. & GLIDDON, G. *Types of mankind*. Philadelphia: Lippincott, Grambo & Co., p. xvii-lviii, 1854.

PICHOT, A. *La société pure: de Darwin a Hitler*. Paris: Flammarion, 2000.

PRICHARD, J. *The Natural History of Man*, Vol. I. London: Baillière, 1855[1847].

QUATREFAGES, A. *L'espèce humaine*. Paris: Baillière, 1878.

QUATREFAGES, A. *Darwin et ses précurseurs français*. Paris: Félix Alcan, 1892.

RICHARDS, R. Solving the species problem: Kitcher and Hull on sets and individuals. In: RUSE, M. (ed.). *Philosophy of Biology*. Amherst: Prometheus, p. 215-27, 2007.

RICHARDS, R. *The tragic sense of life*. Chicago: Chicago University Press, 2008.

RICHARDS, R. Classification in Darwin's *Origin*. In: RUSE, M. & RICHARD, R. (eds.). *Cambridge companion to the Origin of Species*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 173-93, 2009.

RICHARDS, R. *The species problem*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

ROGER, J. *Buffon*. Paris: Fayard, 1989.

RUSSELL, E. *Form and function*. London: Murray, 1916.

SALGADO, L. & AZAR, P. Nuestro lugar entre los primates: un resumen de las principales ideas de Florentino Ameghino sobre la evolución humana. *Saber & Tiempo*, 15, p. 5-18, 2003.

SÁNCHEZ ARTEAGA, J. M. La racionalidad delirante: el racismo científico en la segunda mitad del Siglo XIX. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27(100), p. 388-98, 2007.

SÁNCHEZ ARTEAGA, J. M. La biología humana como ideología: el racismo biológico y las estructuras simbólicas de dominación racial a fines del Siglo XIX. *Theoria*, 61, p. 107-24, 2008.

SIMPSON, G. The species concept. *Evolution*, 5(4), p. 285-98, 1951.

SIVASUNDARAM, S. Race, empire, and Biology before Darwinism. In: ALEXANDER, D. & NUMBERS, R. (eds.). *Biology and Ideology*. Chicago: Chicago University Press, p. 114-38, 2010.

SOBER, E. *Evidence and evolution*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

STAMOS, D. *Darwin and the nature of species*. Albany: SUNY, 2007.

SUSSMAN, R. *The myth of race*. Cambridge: Harvard University Press, 2014.

TEMPLETON, A. La evolución y el concepto de raza humana. In: LOSOS, J. & LENSKI, R. (eds.). *Cómo la evolución configura nuestras vidas*. Barcelona: Buridán, p. 447-66, 2016.

TOMBAL, D. Le polygenisme aux XVIIe et XVIIIe siècles. *Revue belge de philosophie et d'histoire*, 71(4), p. 850-74, 1993.

USHER, W. Geology and Paleontology, in connection with the Natural History of Mankind. In: NOTT, J. & GLIDDON, G. *Types of mankind*. Philadelphia: Lip-pincott, Grambo & Co., p. 327-71, 1854.

VOLTAIRE. *Traité de Métaphysique*. In: VOLTAIRE. *Philosophie*. Paris: La Renaissance du Livre, p. 135-79, 1952[1734].

WALLACE, A. *Darwinism*. New York: Macmillan, 1889.

WILEY, E. *Phylogenetics*. New York: Wiley, 1981.

WILEY, E. & LIEBERMAN, B. *Phylogenetics*. New York: Wiley, 2011.

WILKINS, J. *Species*. Berkeley: University of California Press, 2009.



Esta obra está licenciada sob a licença [Creative Commons Atribuição – Não Comercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).